

El santo de una ley impronunciable

Unos pocos huesos antes de construir la osamenta

JULIO HUBARD

Para Zoe

Feliz aquél que no ha probado en
su vida el sabor del mal.
Sófocles
Antífona

La ley

Pésimo estratega, pésimo funcionario, débil ideólogo, mal diplomático y político, beligerante, intransigente, el más honesto, el más generoso. Un hombre que falla en todas y al que cada derrota lo vuelve más invulnerable, inmune a la sospecha: cada vez más puro. La aureola de su fascinación crece con el fracaso.

Uno, espectador, lector, se asoma al vértigo del enorme vacío que queda tras la implosión del Che Guevara: un hombre que vivió bajo una ley absoluta, fundada con él, anulada con él, delirada por miles de almas nobles, indescifrable. Era el personaje de una tragedia que no había sido escrita, un héroe que cumplió estoicamente con un destino que no había sido pronunciado por ningún oráculo. Convirtió el azar y el caos en una pura inexorabilidad, bajo una ley absoluta, tácita, impronunciable. Sólo sabemos, de la Ley, que exigía ser impecable y puro, y que convirtió al más feroz de los rebeldes en el mayor de los sumisos al ideal.

Sufrir y salvar

Sólo es verosímil una entrega total cuando se supone un bien supremo; por eso, Ensenzberger define a los guerrilleros, terroristas y caudillos revolucionarios como los "soñadores

El autor es poeta y ensayista.

del absoluto", es decir, aquellos que no aceptan impureza alguna y que perciben como único camino la encrucijada entre el soberano bien o la muerte radical: muertos los matices, no queda sino la rendición o el aniquilamiento. Para el alma revolucionaria, desde antes de Marx y hasta hoy, la idea común rectora podría mostrarse con lo que dijo Gorki acerca de Lenin: "Fue grande en todo, a mi juicio, precisamente por (...) su ardiente fe en que el sufrimiento no constituía una parte esencial e inevitable de la vida, sino una abominación que el pueblo puede y debe eliminar."

Esta descripción, además, como señala Edmund Wilson, es lo que marca la verdadera revolución para un pueblo que, como el ruso, había cristianamente asimilado el

sufrimiento como vía expiatoria y salvífica. El comunismo proponía la reversión del corazón cristiano: el sufrimiento deja de ser salvífico y se convierte en vil opresión: el hombre sufriente deja de ser candidato y deviene revolucionario. Para ello, antes, hubo que cambiar la idea básica del sufrimiento como camino y hacerlo visible en su secularidad: no como vía ascendente sino como estado de cosas, como circunstancia material.

Es en este sentido que la revolución arranca al cristianismo el monopolio de la salvación. Tal vez esto explique el doble comportamiento, en América Latina, de la Iglesia católica, como motor y freno de las insurgencias sociales. En particular, la actividad jesuítica –dos veces el Che dice que "el guerrillero es el jesuita de la guerra", además de que Fidel, los hermanos País, Echavarría, entre muchos otros, son de formación jesuítica– reúne ambas caras de la moneda, la mili-

cia y la salvación, junto con el objetivo, también doble, de darle sentido al sufrimiento, que vuelve a ser factor de redención eterna a la vez que el motor histórico del reclamo de justicia. Otro jesuita, Theillard de Chardin, desde China, lo resumiría bien: Dios no está arriba sino enfrente, en el futuro; para llegar al absoluto es necesario operar los cambios terrenales.

El sufrimiento como enemigo, como imposición y no como recurso, es el gran enemigo del revolucionario. Sin embargo, si hacemos caso de la hipótesis jesuítica, tendremos que añadir, como particularidad, el dato de que, a pesar de que puede y debe eliminarse, el sufrimiento sigue siendo salvífico. Pesa más en la historia moderna, desde luego, el combate al sufrimiento que su apología. Sin embargo, hay dos notables excepciones: Pol Pot y el Che Guevara. El primero es un monstruo; el segundo, un santo sui generis. Hay, también, otra diferencia radical: uno se hizo del poder estatal, a cualquier costo; el otro se deshizo de él, a cualquier costo.

La guerra detrás de la guerra

Nunca ha habido otro guerrillero como el Che. A la amalgama jesuitoide hay que añadir un dato sumamente elusivo: el origen de la guerra de guerrillas contemporánea está en Ho Chi Minh. No he visto que el Che lo cite en escrito alguno y, sin embargo, no podría comprenderse la guerrilla del Che sin este antecedente, además de que su objetivo explícito, hacia el final de su vida, fue el de generar "dos, tres...-muchos Vietnams". Es muy probable, como sucedió con muchos otros auto-res, que conociera a Ho Chi Minh por referencias. Sobre todo dos cosas: la

genial dinámica de una guerra diseñada no para ganar sino para hacer imposible la victoria del enemigo, y que la composición de los guerreros no es urbana sino campesina (la primera propuesta de un campesinado revolucionario de Ho Chi Minh es de 1924; pero la continuación ortodoxa de Ho Chi Minh es de Nguyen Dinh Kieu, a partir de 1965). A fin de cuentas, el foquismo es una fantasmagoría que Regis Debray vistió de ensoñaciones teóricas y el Che de aplicaciones prácticas tomadas de Ho Chi Minh.

El Che nunca quiso entender que la guerra de Vietnam era defensiva, contra un invasor, y nunca funcionó cuando quiso pasar al lado ofensivo, en Laos y Camboya. Pero él era un conquistador, no un defensor. Tal vez soñaba un Valhala de campesinos. Sus diarios abundan en expresiones indicativas: avanzar, tomar, atacar, lograr e ir son los verbos cotidianos, incluso en la derrota; los verbos de la defensa sólo aparecen de modo transitivo y reflexivo: replegarse, resistirse, resguardarse, y son meras circunstancias de batalla, no estrategia. De hecho, retroceder le producía culpa y vergüenza.

Cualquier lector sabrá distinguir el ánimo divorciado en los discursos de Fidel y los del Che, una vez ganada la revuelta. Los de aquél son los discursos de quien habla ya en el poder de Estado y en el control; los del Che son una continuación de la batalla: "se ganó la guerra, la Revolución empieza ahora". Anuncia la reforma agraria como "la primera gran batalla del gobierno" que "destruirá el latifundio", "será una batalla que absorba en buena parte la fuerza del pueblo y del gobierno", "nosotros estamos decididos a llegar hasta el latifundio, hasta atacarlo y destruirlo (...) El Ejército Rebelde está dispuesto a llevar la reforma agraria hasta sus últimas con-secuencias", etcétera. Además, por si no fuera claro lo dicho, lo hecho: el instrumento que elige para generar educación en la primera etapa no son los maestros sino, precisamente, el Ejército Rebelde: organiza una Academia Militar Cultural cuyo primer trabajo consiste en ir a educar niños a la sierra a partir de la narración de anécdotas de guerra y de la instrucción para el armado, uso y mantenimiento de las armas. Lo importante era el Ejército Rebelde (rebelde aun cuando ya era el ejército regular del aparato del Estado), la guerra al latifundio, el combate al enemigo: un imperialismo que nunca definió sino con tautologías.

Era el presidente del Banco de Cuba y el ministro de Industria. El éxito, sin embargo, no logró empañar la vehemencia con que habría de perseguir el cabal cumplimiento de un bien supremo, tan innombrable como urgente.

Funcionario disfuncional

Se exasperaba con la burocracia, pero en su esquema nunca hubo comprensión por los controles. Y, al parecer, ése ha sido un problema serio de todo soñador del absoluto. Recuérdese a Lenin: "La contabilidad y el control necesarios para la primera fase de la sociedad comunista (...) ya han sido simplificados al máximo por el capitalismo, hasta el punto de que se han convertido en las operaciones en extremo sencillas de vigilar, registrar y extender vales, lo que está al alcance de cualquier persona que sepa leer y escribir y conozca las cuatro reglas elementales."

Más allá de la conmovedora ingenuidad se trata, en general, de un error simplísimo: nadie administra por el gusto de empatar el debe y el haber. Cualquier administrador sabe que el interés de su trabajo reside en los con-troles, porque el control es la medida del poder. Y el poder no se hace sin torturar, sin constatar que se puede ejercer crueldad sobre aquel que pide, que suplica, que necesita. El placer del contralor es la crueldad. Es un error olvidar que hasta el oscuro contadorcito del último rincón es igual-mente capaz de ejercer su torcida libido dominandi. Es extraño que muchos marxistas, amamantados en la hegeli-ana dinámica del amo y el esclavo puedan perder de vista asuntos tan palmarios. En el caso del Che la explicación es, plausiblemente, otra: ni quería ni entendía el poder del Estado. En eso se asemejaría a Proudhon o incluso a Bakunin, pero tampoco hubiera aceptado su proclividad anarquista –que es de hecho su perfil más interesante como autor político. Pero la cuestión decisiva quedó sin formularse, es decir, la pregunta acerca de si debiera existir el Estado.

Para combatir el burocratismo incurre en las acciones más íntegras, cómicas y emocionantes que se hayan visto en un ministro. Como economista y como productor es un desastre. Sin embargo, en ese periodo de febril actividad y disciplinas disparatadas y extenuantes se producen escenas geniales, locas, conmovedoras: el Che corta caña, pica piedras, inventa má-quinas que no funcionan y tampoco duerme, dale y dale a la adrenalina de su nebulizador contra el asma. Y la escena, en una reunión del Consejo de Dirección del

Ministerio, como la relata Taibo: "Está francamente enfadado y empieza a sacar cosas y ponerlas sobre la mesa: muñecas deformes que parecen viejitas, un triciclo que es una porquería, un zapato que por tener sólo dos clavos en lugar de los ocho o diez que necesita pierde el tacón, un zipper para la bragueta del pantalón (y hay 20 mil más) defectuoso, que se abre, al que burlescamente la población llama Camilo (por su fama de don Juan), una cama a la que se le salen las patas, un shampoo que no limpia el pelo, unos polvos faciales que ocultan su color, y amoníaco que hay que colar para usarlo. La conclusión es trágica: en las fábricas se está produciendo cada vez con peor calidad..."

Hay que imaginar, en plena societización del régimen cubano, justo en medio de la pazguata solemnidad de la paranoia gubernamental, a un Che Guevara maniaco, arrojando lamentables trastos y cacharros industriales en una mesa de ministros, convertido en un personaje digno de una obra de teatro de Píndaro. Dios quiera que la escena haya quedado filmada.

Desde luego, no hay posibilidad de que un tipo así pueda ser aguantado como ministro en un régimen como el que ya asomaba bajo el caudillaje fide-lista. Tampoco hay sujeto que pueda vivir mucho tiempo colgado a un perenne viaje de adrenalina. Casi no resulta verosímil tal frenesí de actividad y aquella generosidad blanda como ariete. Nada de paz, nada de tranquilidad, ningún reposo. El Che trabajaba más de 16 horas diarias y el domingo a la zafra, las minas, barrer,

pintar y resanar... Otra vez como en la sierra, actuaba sin táctica, sin ahorro, el acto puro, como si el tiempo no se acumulara, como si fuera eterno, ajeno a la erosión: sobrehumano.

Lo que queda claro, de nuevo, es que nunca compartió el miedo al poder ni el terror que el poderoso atisba en la verdad. No lo comparte porque no lo tiene. Un sujeto sin miedo puede ser destruido, pero no avasallado. Para él, el lacayaje no fue una actitud posible y, por lo tanto, es probable que se hubiera convertido en una pieza que debía ser removida del tablero de Castro y el ya pesadísimo régimen soviético, par de sistemas sostenidos en una paranoia, a su vez sostenida por el miedo.

Desvanecidas las amenazas de la guerra inminente, el Che arroja a una etapa de vértigo y de horror al vacío; una etapa en la que "las cosas ya no duermen en las gavetas, duermen en continuo movimiento que es un sistema especial de sueño, en el cual se van trasladando, trasladando, trasladando..." Todo a la deriva, la realidad delirante del insomnio de meses y la honda insatisfacción del tedio civil. Casi se puede leer el asco de una vida sin el riesgo inmediato de la muerte: "Demasiadas veces dejamos echar raíz al espíritu de autoconservación, debido a una idea errónea sobre nuestra importancia futura (...) Hay que abandonar un falso concepto de nuestra responsabilidad que nos lleve a salvar-nos para el futuro."

La sociedad política no fue lo suyo. El derecho es una caricatura de la justicia y una contraloría de la libertad. Y no hay una sola palabra del Che acerca del arbitraje de un posible contrato social. Hay guerrilleros libertadores y Estados opresores. Hay liberación. Después, delirio, traspies, inquietud, hastío de estar, ganas de irse a otro lado. Ha descubierto que la pólvora le cura el asma, que el Congo o que Bolivia reclaman el concurso de sus modestos esfuerzos. Para él no son recompensas, mucho menos el botín tras la victoria; el poder político resulta insatisfactorio e insuficiente: una perversión de la supervivencia. Ama la batalla, desprecia soberanamente el premio. La suya no es una apuesta sino una entrega.

Saldrá victorioso de algunas escaramuzas y emboscadas, pero nunca más volverá a ganar una batalla. ¿Misterio, azar, calamidad? Tal vez no. Independientemente de las circunstancias políticas del Congo, para poder intuir los derroteros del Che conviene comparar sus actitudes con las de su enemigo militar de entonces, Mike Hoare, un despreciable mercenario inglés, sin atributos ni pasiones: la antítesis del Che que derrotó al Che.

En su relación de los hechos, el "loco Hoare" no menciona siquiera a Ernesto Guevara. Seguramente ni le interesaba: "Yo no soy más que un soldado al que importa solamente cumplir las órdenes recibidas, y las órdenes que se me dieron consisten en librar al país de esta gente (los guerrilleros lumumbistas). Pero sé que son gente salvaje, peligrosa y cruel."

Más allá del inmediato desprecio moral que uno puede sentir por un mercenario como Hoare, quedan algunos asuntos que no deben dejarse pasar.

Primero. El mercenario fue de una eficacia horrible; no ofrecía futuros, justicia ni libertades sino dinero en efectivo. En menos de un año reclutó casi 3,000 voluntarios. El Che no sumó una sola alma para su causa lumumbista.

Segundo. La disciplina. Dice Hoare que "en un ejército de voluntarios" no puede haber un código disciplinario, de modo que "mis oficiales, y yo mismo, éramos obedecidos sencillamente porque los hombres a quienes dábamos órdenes querían obedecernos (...). Si un hombre se niega a obedecer una orden, hay muy poco que hacer." Por otro lado, en el ejército del Che, "se castigaría con la muerte la desertión", y aún así la desertión era epidemia en los grupos revolucionarios.

Tercero. Hoare nunca quiso imaginarse a sí mismo como partícipe moral de causa alguna ni como parte de ningún proceso social justo. Siempre supo que era un extranjero invasor. El Che creía en una solidaridad humana más allá de razas y naciones.

Cuarto. Hoare dice que su tarea consiste en "librar de"; el Che habla de "liberar a". Librar, liberar. Aplíquese aquí la reflexión de Cassirer: "En el habla alemana reciente existía una distinción marcada entre los dos términos Siegfriede y Siegerfreiede. Aun para un oído alemán no resulta fácil captar esta diferencia. Ambas palabras suenan exactamente igual, y parecen denotar la misma cosa. Sieg significa victoria, Friede significa paz; ¿cómo puede la combinación de las dos pala-bras producir significados enteramente distintos? A pesar de ello, se nos dice que, en el habla actual, existe entre los dos términos una diferencia decisiva. Pues la Siegfriede es la paz lograda por medio de la victoria alemana, mientras que la Siegerfreiede significa precisamente lo contrario: se emplea para designar una paz que fuera dictada por los conquistadores aliados (...). Al escuchar estas nuevas palabras percibimos en ellas la gama entera de las emociones humanas: odio, cólera, furia, altivez, desprecio, arrogancia, desdén."

"Su bagaje de muerte y sus intensas tragedias"

En el Congo y en Bolivia pelearon los intereses contra los ideales. En la batalla murieron la buena fe, los ardientes ideales justicieros y la confianza. El Che Guevara se hace hosco y arisco, ensimismado, soberbio y despiadado. Escribe su horripilante Mensaje a la Tricontinental: "El odio como factor de lucha; el odio intrasigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal (...). ¡Qué cerca estaríamos de un futuro luminoso si en el mundo surgieran dos, tres o muchos Vietnams con su bagaje de muertes y sus intensas tragedias..."

No le faltaban motivos: es desoladora la verificación de que hay más seres humanos que matan y mueren por un sueldo que rebeldes dispuestos a cambiar la zalea por el ideal absoluto. Falló un cálculo básico: el Che nunca entendió que lo común es la inanidad, no el heroísmo. Al no sospecharse a sí mismo, olvidó la diferencia: supuso que todos los hombres, la masa, eran como él, aspiraban a lo que él aspiraba, querían lo que él quería.

Nunca se apercibió de su fruición identificadora. Alucina una América Latina homogénea, una masa como extensión y multiplicación de sí mismo, exigía idénticas solidaridades de todos los Estados que se dijera socialistas y, del mismo modo, el enemigo siempre fue otro idéntico a sí mismo. Nunca intuyó ser otro respecto de nadie que no fuera un enemigo. Cualquier otro era enemigo. ¿Existe algo parecido al deseo disléxico? A la vez angustia y fruición, puro amor y puro odio, negro y blanco irreconciliables, sin gris posible. Al carecer de vanidad, el Che Guevara olvidó también que el espejo invierte izquierda y derecha, Nunca conoció el mal. Tampoco hubiera reconocido su propio reflejo.

